**Domingo de Ramos B (25.03.2018): Marcos 14,1-15,47.**

***“Los Sacerdotes decidieron matarlo”.* Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

Con el Domingo de Ramos concluye la recta final del tiempo de la Cuaresma y se inicia la llamada, en la práctica religiosa católica, ‘Semana Santa’. Y en ella, todos los días son santos: lunes santo, martes…, hasta el sábado santo. Este adjetivo muy calificativo ‘santo’ suele utilizarse con cierta frecuencia en el lenguaje de ‘la religiosidad explícitamente católico- vaticana’: santa biblia, campo santo, hora santa, santa misa… ‘Santo’ es también ‘sagrado’ o ‘consagrado’ o ’divino’. Y en este sentido se opone a ‘profano’, ‘mundano’, ‘humano’.

Se nos recuerda en este Domingo de los Ramos el acontecimiento de la entrada de Jesús de Nazaret en Jerusalén y que a muchos les encanta calificar de ‘triunfal’. Sin embargo con aquella entrada comenzó la etapa última de su vida. Posiblemente la más breve en el tiempo y, sin lugar a dudas, la más trágica y deshumanizadora. Tal vez, esto es lo que desean las mentes de la liturgia vaticana que meditemos en este domingo de Ramos y en los días siguientes.

Si me has seguido hasta aquí, conviene que tomes el llamado Evangelio de Marcos en tus manos y leas despacio el capítulo undécimo completo. Ahí es donde María Magdalena nos cuenta cómo se vio y se comprendió aquella entrada de su Jesús de Nazaret en Jerusalén y, específicamente, en el templo de esa ciudad y de la religión judía (Marcos 11,1-33).

Caerá el lector en la cuenta de que este Jesús y sus acompañantes entran tres veces y en tres días seguidos en el templo. Y si le picó la curiosidad, a mi lector de estos hechos se le despertarán las ganas de leerse el capítulo siguiente completo (Marcos 12) para descubrir que este galileo y laico Jesús de Nazaret anduvo enfrentado con todas las autoridades que eran algo dentro de aquella estructura del templo, la más importante de su religión, de su ser judío.

Aquella realidad sagrada llamada ‘templo de Jerusalén’ decidió acabar con la persona de Jesús. Y lo decidido lo cumplió: *“Faltaban dos días para la Pascua de los judíos. Los sumos sacerdotes y los escribas buscaban cómo echarle mano a Jesús y matarlo. Y se decían: durante la fiesta no, para que no se levante el pueblo contra nosotros”* (Mc 14,1-2). Así empieza la narración de la Pasión, Muerte y Sepultura de Jesús de Nazaret.

Y así concluye este relato: *“Al atardecer…, José de Arimatea, miembro respetable del Sanedrín de los judíos… Descolgó a Jesús de su cruz, lo envolvió en una sábana y lo puso en un sepulcro… María Magdalena y María la de José se fijaban dónde era colocado”* (Mc 15,42-47). Según este relato de Marcos, en este momento final de Jesús en esta tierra sólo están presentes estas tres personas: dos mujeres y un hombre. Los ‘DOCE’ ya le habían abandonado (Mc 15,43-52).

Al acabar la lectura de este relato y quedarme en silencio me suele rondar una pregunta inquietante: ¿Por qué muere este hombre, galileo y laico, Jesús de Nazaret? Y casi siempre me digo: Este hombre muere porque le mata el TEMPLO de la Ley de Moisés, el TEMPLO de los Sacerdotes (descendientes de Aarón y de Leví) y el TEMPLO con todas sus tradiciones. Este TEMPLO de la religión judía no soportó la denuncia de Jesús y acabó con él. Y así, aquel TEMPLO judío alababa, bendecía y agradaba a Yavé, Dios de aquel templo y de aquel pueblo.

 **Domingo 17º de Lucas (25.03.2018): Lucas 5,17-26**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

*“Un día que estaba Jesús enseñando”* (Lucas 5,17) es la expresión que usa este Evangelista para iniciar una unidad narrativa nueva como lo es ‘la curación de un paralítico’. Y para saber dónde acaba esta unidad basta caer en la cuenta de esta otra expresión: *“Después de esto, salió Jesús y vio a…”* (Lucas 5,27).

Leemos, pues, en este momento el relato de Lucas 5,17-26. También se puede leer este mismo relato en el Evangelio de Mateo (9,1-8) y en el de Marcos (2,1-12). Cada Evangelista sitúa el relato de esta curación en un contexto distinto. Lucas nos dice que Jesús enseña y que han venido a escuchar esta enseñanza nada más y nada menos que ‘fariseos y doctores de la Ley de **todas** las poblaciones de Galilea, Judea y Jerusalén. ¿Es importante el detalle de ‘todas’?

¿Qué enseñó en aquella ocasión? Seguramente lo que ya venía enseñando los sábados de sinagoga en sinagoga. Desde Lucas 4,14 hasta este momento sabemos que este su Jesús de Nazaret anuncia la buena noticia de un Dios que solo y siempre es bueno. Y por esto, a las gentes que se le acercan y le escuchan les enseña a ser personas, a sentirse y creerse libres y liberadas de la esclavitud de la enfermedad y del pecado, como afirmaba la Ley de Moisés.

Esta enseñanza de Jesús es siempre una palabra de sentido y de vida. Por eso le dice al paralítico que le han traído y que está a la vista de quienes se han reunido y, sobre todo, a la vista de fariseos y doctores de la Ley de todo Israel: *“Hombre, tus pecados te quedan perdonados”* (5,20). Y esto es lo mismo que decir: *“Levántate y anda”* (5,23).

¿Quién pecó para que este hombre fuera un paralítico? Toda enfermedad, en este Israel de Moisés, era castigo de su Yavé Dios por algún pecado. Lo sabían y enseñaban así los doctores y fariseos de la Ley. Si estas autoridades religiosas de **todas** las poblaciones de Israel conocían ya a Jesús y su enseñanza, ¿por qué han venido a oír y ver a este EVANGELIZADOR Jesús?

El hablar y el hacer de este Jesús de Lucas es una evangelización liberadora del mal que se ha sembrado en el interior del ser humano. Esta evangelización de Jesús es una blasfemia para las mentes e instituciones de aquella Religión del templo: *“¿Quién es este hereje y blasfemador?”* (5,21). Me seguiré preguntando, aquí y ahora, ¿qué es blasfemar?

Los doctores y fariseos piensan que Jesús blasfema porque habla y actúa como prohibía hacerlo la Ley de su religión judía. Y Jesús piensa que los doctores y fariseos blasfeman porque mantienen e imponen una enseñanza y una práctica religiosa que paraliza y esclaviza a las personas. Un laico como Jesús no podía perdonar pecados porque éstos sólo se perdonaban en el templo de Jerusalén por los sacerdotes si el pecador presentaba el sacrificio prescrito en la Ley o en la tradición de su práctica religiosa.

Concluye Lucas este relato de la curación del paralítico subrayando que el asombro se adueñó de las mentes de las personas porque habían visto y oído ‘cosas increíbles’ (5,26). También hoy y siempre, como en los días de Jesús, hay que hacer ‘cosas increíbles’ dentro de la (su) iglesia.